

hombre, mechudo é insinuante, que pedía permiso para mostrar á su "Merguerrite" que sabía hacer mil filigranas en materia de baile y al compás de un pandero; que el oso aquel no hacía nada, que era un buen chico y que á todo mundo divertía. Pérez no oyó nada de eso, precipitadamente encerróse en su pieza, tiróse sobre la cama y pocos momentos después lloraba, confundiéndose sus sollozos continuados con el golpe acompasado de una mano dura que arrancara á un pandero un compás singular y monótono, pandero que al propio tiempo pretendía acompañar el canto de una mujer, que con acento extranjero, pero dulce y resignado, entonaba una canción.



XXIV

Anselmo, el sufrido y buen caporal de El Platanar, llegó al rancho entre siete y ocho de la noche, pues el potro que amanzara, tres veces habíalo dejado á pié, que el tal potro salió muy *relajo* y de un genio inaguantable; pero, para eso estaba él, Anselmo, que en su vida había domado otras caballos de más empuje; ya vería el alazán cómo antes de un mes estaba tan domeñado como seda en manos de mujer habilidosa. El caporal, un poco molido por los golpes que recibiera del alazán, apeóse á la puerta de su choza, dió unas vueltas al animal *para que se enfriase*, y al fin, despojado el bruto de montura y arneses, quedó libre, pero dentro del pequeño corral anexo á la choza. Tomó luego el rancho algunas brazadas de rastrojo y helechos, y cuando vió que el animalito estaba sosegado y comiendo la pastura, aseguró la salida del corral y encaminóse el hombre á la cocina, que despedía desde lejos un olorcillo confortable y halagador.

Metióse por allí, pidió algo que comer, y como viera á su *costilla* bastante desgredada, más de lo ordinario, y convertida en una furia preguntó por la causa de aquel trastorno por más que creía adivinarla, pues suponíase que la hembra había emprendido descomunal combate con la Tomasa, otra por quien la legítima tenía celos muy de antiguo y bien fundados. Esperando Anselmo la avalancha de injurias, quejas, celos y recriminaciones que iban á salir por la boca de su consorte, quedóse pasmado y un tanto satisfecho, al saber que todo obedecía á causas diversas, pero de no escasa importancia.

La mujer del caporal, puestos los brazos en jarras, zarrandeando el cuerpo con el aire marcial de quien consiguiera victoria inesperada, con rítmico movimientos de caderas, y sobre todo, con gesto muy especial y altos cabeceos, informó á su marido que el cochino de Pancho Pérez, esa

misma tarde, dos horas antes, había estado de visita en la casa de la huérfana Consuelito allí en El Platanar, que el sinvergüenza había pretendido ofender á Consuelo, que esta salió llorosa y dando gritos, pidiendo auxilio fuera de la casona seguida de la tía Dolores que iba hecha una compasión, porque la pobre vieja por el susto apenas podía dar paso; que todas las comadres y vecinas se aglomeraron en defensa de Consuelo, porque no había por allí un hombre ni para un remedio, y que al fin, el escuadrón de viejas había sido suficiente para hacer correr piedra en mano al sátiro de Pérez, que tomó el camino de San Antón como alma que se lleva el diablo.

Anselmo, oyó el chisme que hiciera su mujer, como quien ve llover y no se moja, pero un observador curioso habría notado que el caporal tenía al oír aquello una sonrisa imperceptible, y al mismo tiempo el ceño ligeramente pronunciado. Sin soltar ni una sílaba, el caporal arregló el jergón que le sirviera de cama, envolvióse en la manta, y cuando disponíase á dormir, oyó á la mujer que metía gran de ruido con los trastos de la cocina y que por lo bajo murmuraba "¡caramba! estos para nada sirven!" Al fin, la mujer al poco rato allegóse junto al marido á quien creía dormido, y cuando ella daba la última persignada, Anselmo intempestivamente preguntó:

—Oye, vieja, la niña Consuelo duerme en el caserón?

—¡Bendito sea Dios que hablas. — contestó la mujer—, Consuelito fuese hoy mismo para el pueblo y está en la casa del señor cura.

Después de esto siguióse largísimo silencio, solo interrumpido alguna vez por el tardío canto de los gallos, el lejano ladrido de algún perro ó los ronquidos uniformes de dos seres, que olvidando los pesares y trabajos de la vida, encuentran en aquel dulce letargo la compensación de las fuerzas perdidas en el día, y que al apuntar el siguiente, siéntense confortados para seguir luchando, pero sin temores por el presente, ni desconfianzas por el futuro, y muy contentos con tener un puñado de maíz que mata las hambres del día y trabajo seguros para afrontar las del mañana.

A la siguiente, cuando apenas el sol anunciaba su presencia allá por las cumbres del cerro de La Guacamaya, Anselmo salió de la choza envuelto en su manta, lió un cigarrillo y sentándose sobre los tatones, en cuclillas, estacionóse junto al cercado de ramas, observando á la vaca hosca echada á corta distancia, que pacientemente sacaba bocados del interior para saborearlos luego y volverlos á engullir. El humo del cigarrillo que fumara Anselmo, débilmente se disolvía al salir del envoltorio, pues la mañana estaba fresca y muy tranquila; el caporal, en la misma posición y á la hora dicha, inmóvil junto á la enramada, más parecía una piedra coronada por ancho sombrero, y no un gañán que espera la luz del día para trabajar.

Por fin, las gallinas una á una fueron bajando del mezquite cercano, la vaca levantóse y llamó con triste mugido á su cachorro preso en el cercado inmediato, y el sol magnífico y supremo, rato después llenó de luz y alegría aquellos contornos, levantando del suelo ligeros vapores que trascendían á estiércol, trayendo otros con deijos aromosos de mirtos y esencias de retamas, mientras que el oído deleitábase con el canto tristeímo del tordo posado en el juncar inmediato ó con el desentonado y alegre chirriar de las ranas en el canal vecino.

Anselmo desperesóse, enrolló la manta, y alegre y contento silvando un aire conocido, comenzó á ensillar la paciente tortilla que habría de montar su mujer, y luego el brioso alazán, y cuando las caballerías estaban listas llamó á la consorte, que llevaba los mejores vestidos de percal, gargantillas de cuentas á colores y corales falsos pero vistosos, guardados para días de aquellos, pues nada menos que ambos iban á gozar de la fiesta que el doce de diciembre de cada año se gustaba en San Antón.

Puestos en camino marido y mujer, Anselmo, como quien termina el discurso que mascullara al levantarse y en cuclillas, fumando el cigarrillo de la mañana, dijo á su consorte:

—Lo peor es que no tiene remedio el asunto; verdad?, el cochino de Pancho Pérez seguirá dále que dále.

La mujer, como si hubiese estado conversando toda la noche con su marido, sin perder la hilación de tan importante negocio contestó:

—Ya te lo he dicho, tanto irá el cántaro al pozo, que al fin dentro quedará....; y es una lástima, que la pobre niña acabe por ser.... la mujer postiza de Pancho Pérez, ya verás; y todos nosotros unos rufianes encargados de cuidarles las espaldas.

Anselmo no contestó, pero comprendióse que hízole alguna mella la observación por el tremendo espolazo que aplicó sobre los hijares del alazán, el cual encabritóse, comenzó á bailar y fué imposible sosegarlo hasta que llegaron marido y mujer al "Mesón del Angel" en San Antón donde se instalaron, y, previo arreglo de animales y monturas, cada quien fuese por su lado, ella con dirección al templo, en cuya torre se daba el último y largo repique de la misa mayor y de función, y el otro, el varón, sin rumbo fijo pero automáticamente fuese á la Botica de El Señor de la Salud.

XXV.

En San Antón había tres días en el año en que se repicaba recio, celebrábase misa de tres padres, con sermón á cargo de un pico de oro traído de lejanas tierras, y en los tales días se derrochaba el dinero en cohetes, adornos, luminarias y fuegos de artificio: el diez de mayo por el santo patrono del pueblo, el dieciseis de septiembre por la fiesta patria, siendo de advertir que el padre González en tal fecha echaba también su cuarto á espadas con una misa solemne y una "Acción de Gracias" por los beneficios que la patria recibiera durante el año, y, finalmente, el doce de diciembre, festividad de la Virgen de Guadalupe, en cuyo día el cura echaba la casa por la ventana, pues era un devoto por los cuatro costados de la Virgen bajo tal advocación.

Por supuesto, que en esas fechas, los rancheros en diez leguas á la redonda, dejaban las montañas, campos, barrancas y cañadas; para no perder aquellos festivos, y todos sacaban de los arcones los mejores atavíos y los ahorros pacientemente depositados en la alcancía de barro, hucha condenada á convertirse en mil fragmentos la víspera de tales fechas.

La citada á que nos referimos, la mejor de todas, doce de diciembre de aquel año, las fiestas de la iglesia presentábanse como en ningún otro, y la profana verbena más animada, muy concurrida y con atractivos especiales, pues había media docena de cucañas al rededor de la plaza principal, ofreciendo á los vencedores en aquel juego, además de ricos comestibles, muchas prendas de ropa de colores y gustos refinados. En uno de los soportales, se arregló un salón de baile, con adornos vistosos y música sandunguera, y, sobre todo, antes de quemarse los fuegos de artificio, saldrían cuatro carros muy bien arreglados, representando las apariciones de la portentosa Virgen y la conversión de los

indios en aquellos lejanos siglos. Por la tarde había un *jaripeo*, y después una linda *kermesse*; en fin, como decía El Trompo, todo sería bueno, nuevo, bonito y variado. Se olvidaba decir, que, como un número imprevisto y extraordinario del programa de aquellas fiestas, había llegado una especie de plaga de langostas por San Antón, en forma de "húngaros" mechudos, sucios y apestosos, los cuales extranjeros sacaban buenos dineros á los bobalicones, haciendo bailar osos adiestrados, y monos saladísimos: las mujeres de tales bichos—de los húngaros— esparcidas por todo el pueblo, entreteníanse en predecir la buena ó mala ventura, mientras que los otros, armados de piedras especiales y montadas en aparato adecuado, recorrían las calles del pueblo anunciando el trabajo con un silbato chillón, pues hacían vibrar uno especial por cada calle.

Serían las diez de la mañana, cuando acertó á pasar frente á la tienda de Las Quince Letras, una húngara mechuda, de grandes y hermosos ojos negros, tez apiñonada y con dijes, gargantillas y adornos de metal que repiqueteaban de un modo singular; penetró á la tienda y ofreció decir la buena ventura por solo una mísera peseta. El dueño de la tienda, sugestionado por aquellos ojazos, extendió la palma de la mano, la mujer trazó con carbón especial, varias figuras sobre la epidermis, y después de algunas ceremonias ridículas y misteriosas, predijo que aquel hombre pronto sería rico, dueño de un gran capital y padre de muchos hijos. Conste que el tendero en diez años de matrimonio no había conocido un vástago.

Anselmo, que estaba por allí acomodado sobre una caja de empaque, tendió también su mano y buscó la buena ó mala suerte, y la maja predijo que el hombre aquel estaba llamado á solucionar un problema difícil y de tremendas consecuencias, que sería feliz y querido de todos. Finalmente, cuando salió la mujer, presentóse otro individuo del mismo cuño, llevando el instrumento chillón de que hablamos, solicitando dar buenos filos á cuantas armas se le presentasen. Nuevamente Anselmo, creyendo que aquellos amigos hacían todo de una manera distinta de

los demás, y deseando darse *paquete* en día tan grande, sacó una moneda de entre camisa y costillas, y dijo, tirando la moneda y una hoja:

—Mire, maestro, deje ese cuchillo como navaja de barba, que tengo que razurar á un lampiño.

El hombre mechudo, subió el pié sobre el pedal del aparato, la rueda de piedra giró velozmente, y cinco minutos después el cuchillo del caporal quedaba listo para razurar á tres docenas de imberbes. . . ¡Caramba! aquello era sorprendente y fenomenal. Media hora después, llegó por allí la tercera tanda, ó sea la comitiva más importante de húngaros, que llevaban tardíos osos y saladísimos monos amaestrados; situáronse frente á la tienda, y "Marguerite" el oso mayor, al son de un pandero, pero amenazado con un palo bien conocido, imitó el andar de las damas en los bailes, el marchar de soldados en formación, y otras cosas chistosísimas y que hacían reír al pueblo aquel.

La mañana aquella pasó divertidísima para Anselmo y el populacho en general.

Por la noche subió de punto la animación: en la plaza principal se improvisaron tiendas, en unas se jugaba á la lotería con naipes ordinarios, sorteándose mil baratijas vistosas y sin valor, pero que á los concurrentes causaban envidia y hacía doblarse el juego; en hilos bien tendidos, colgaban pañuelos churriguerescos con dibujos especiales, pues unos tenían estampadas nada menos que las cuarentas cartas de la baraja, otros ostentaban el busto del Presidente, y los más, estaba adornados con cabezas de caballos aprisionadas en informes herraduras; sobre los mostradores de aquellas tiendas singulares, había espejos, gargantillas de cuentas de vidrio, platos, tazones, y otros muchos cachivaches, que al devolver los haces de luces que proyectaban los reverberos de petróleo, presentaban aspecto simpático y llamativo. En otra tienda se á jugaba lo mismo, pero con naipe diferente, porque las cuarenta cartas llevaban cada una figura especial, representando objetos, animales, y dibujos *sui géneris*; así por ejemplo, el correr

la baraja, el que llevaba el juego, después de darla á partir á uno de los concurrentes, y ante la carta que la suerte designaba, iba gritando el hombre:

—¡Corre!: "el que le cantó á san Pedro", lo cual en buen romance quería decir que la carta tenía estampado un gallo, "el sabroso de las bodas", ó sea un mal pinzado *guajolote*, "la que nos ha de llevar", esto es un esqueleto, símbolo de la muerte. . . .; "Ave María Purísima, señores" . . . tan singular exclamación soltada con voz cavernosa y asustada decía que la carta presentaba la estampa del diablo, y así sucesivamente, hasta que el fin, el agraciado en aquel juego, dando tremendos golpes sobre la mesa, gritaba como para hacerse oír en cien lenguas: "¡lotería!". Seguíase después la revisión del juego y sobre la tabla del ganancioso y comprobada la buena suerte, dábale el premio de antemano ofrecido, y luego la murga trepada en plataforma apropósito, continuaba la misma gerigonza musical que antes interrumpiera al principiar el juego. Lo raro del caso, es que grandes y chiquillos sin necesidad de explicaciones, sabían á la perfección tan original nomenclatura, como si en las montañas, barrancas y cañadas se diera clase especial sobre el asunto.

En otros lugares de la plaza, el juego era distinto: sobre alguna mesa cubierta con una manta roída, y que por las noches confortara al dueño, veíase una ruleta dentro de cuyo platillo giraba un mosaico encargado de indicar la buena ó pésima suerte, oyéndose al montero decidir la partida con estas ó parecidas frases: "treinta y seis colorado, perdierton los de aquí" . . . ó "veinticuatro negro, nada tuvo", y de vez en cuando, el tecnicismo aquel de "casa chica", . . . "casa grande", y así se iba embolizando los dineros á más y mejor, confirmando aquello que de enero á enero. . . En otro lugar de la plaza, había otra clase de juegos, unos eran dados que jugaban en cubilete de piel; en otros veíanse cuchillos clavados en tabloncillos apropiados, para que argollas lanzadas desde conveniente distancia, fuesen á engancharse en los manerales de aquellas armas; en

fin, en materia de juegos aquello era un museo curioso y digno de especial estudio.

El tranquilo observador que viese aquel abigarrado conjunto en la plaza de San Antón, gozaría con el especial chillido de las caserolas pues que muchas sencillas tías en tiendas al aire libre, guisaban buñuelos y platos apetitosos; oiría á lo lejos el curso de las famosas loterías, mezclado todo ello con los acordes de guitarras, violines é instrumentos de mil murgas desafinadas, y apartándose un poco de aquel centro de orgías, juegos, distracciones y truhanerías, escucharía el canto de cien beodos que en las tiendas inmediatas entonaban canciones campestres, las mismas que allá en los cerros y barrancas, de cuando en cuando, interrumpían la soledad de aquellos campos.

El día á que nos referimos, entre los principales vecinos de San Antón fué comentado atrocemente el suceso que la víspera pasara en El Platanar con la huérfana y su antiguo tutor, y como las noticias habían llegado de lado de las mujeres que salieran á la defensa de Consuelo, y sin ninguna de parte de Pérez, toda la verdad quedó adulterada y el hecho cuajado de cómicos incidentes y maliciosas interpretaciones, muchas de las cuales zaherían hasta el buen nombre de la niña. Pero lo que podía deducirse de los tales comentarios, descartando exageraciones y adornos ridículos, era que Pancho Pérez se había tirado *la gran plancha* tratando asuntos amorosos á la huérfana; que la venta de su rancho era producto de una broma ideada por gente desocupada y que se burló del tinterillo como del chino más inocente, en fin, que todo aquello no valía ni un humilde cacahuete. Ocioso es decir que en la botica de El Señor de la Salud las risas de Juanito Gutiérrez dominaban al rededor de tres cuadras, y que don Catarino, con el papel en la bolsa y que aseguraba la inmovilidad del profesor en aquella escuela, estaba tan hinchado y orondo como no lo conocieran los mismos escolantes.

Solo el padre cura cuando llegó á sus oídos las versiones y chismes citados, arrugó el entrecejo, mandó á personas de su confianza que trajeran á Consuelo al curato y

después de interrogarla, convencido que todas las habladurías eran el fruto de lo que había sembrado Pérez, alzó los hombros como aquel que manifiesta le importa un pito lo que se dice, pero puso el correctivo que se imponía, esto es, que la niña efectivamente hacía mal en vivir aislada y sola en el ranchejo, pero, que corría de cuenta del cura arreglar lo conveniente.

Otra noticia de bastante sensación corría por los cuatro puntos cardinales del pueblo, y era que Solano, muy enfermo y arrepentido, la mañana de ese día, se negó á recibir á su cuñado Pancho Pérez, y que un demandadero portador de una carta de Clotilde, había regresado á San Antón, con la nueva de que el poderoso señor de El Tepozán habíase confesado y no admitía correspondencia de por aquellos rumbos. En fin, fueron tantos y tan variados los platillos que se ofrecieron por entónces en el banquete de la maledicencia popular, que poco faltó para que canonizaran á Solano y quemasen vivo al citado Pérez, todo ello siguiendo la antiquísima costumbre de que del árbol caído todo hijo de Adán raja leña.

Juanito Gutiérrez, emperdenido pecador y padre de muchos cuentos, mientras mezclaba drogas y menjurjes, comentaba las noticias diciendo que Solano había dado la carne al gato y que cuando se presentaba el garabato ofrecía los simples huesos.; que lo bueno sería que el impactado ágiotista le devolviese hasta el último centavo que Juanito pagara por réditos exagerados y comisiones ruinosas. . . . , que la enfermedad de Solano, según los más afamados autores, era una fonogratitis aguda. . . .; que Pancho Pérez era un truhán que vivía de engaños, un estuche de frulerías, por que hasta unos "místeres" había *engaratusado* haciéndoles creer los cuentos de las mil y una noches; que el Juez de Letras y su secretario se iban con la murga á otra parte por culpas del tinterillo, que el Jefe Político más tardaba en rezar un credo que en liar las maletas para otra parte, que.; Vaya Ud. á saber todo lo que decía el boticario!

La experta y recia mano de El Trompo, allá en el

campanario y con arreglo al reló del padre González, anunció á los concurrentes á la verbena, que habían dado las nueve de la noche, ó lo que es lo mismo, que en breve rato se quemarían los fuegos de artificio colocados frente al atrio del templo parroquial; por lo que la mayoría de aquellos sencillos habitantes, fuéronse colocando por allí y en apretadas filas, á fin de no perder ni una luz de Bengala, ni una vuelta de las ruedas que adornaban el "castillo" que magestuoso é imponente alzaba la testa sobre aquellos contornos. En esos momentos, y como quien deja el mejor bocado para lo último de la comida, cohetes corredores sujetos á un hilo invisible, iban de un parte á otra, mientras que bombas especiales arrojadas por el mortero situado dentro del atrio y á distancia conveniente, hacía estallar en las alturas cascadas de luces de todos colores, como una lluvia de diamantes, esmeraldas, turquesas y rubiés.

A esa hora, Anselmo, que cuasi dormitando había pasado lo más del tiempo en la tienda de Las Quince Letras, despertó como por encanto al oír aquellas salvas precursoras de la terminación de la fiesta. Con toda calma pidió al tendero un "cuarto" de tequila, lo engulló, desperezóse un poco y al fin salió paso á paso de la tienda, como quien se dispone á dar el último vistazo por todos los rincones de una fiesta. Minutos después, volvió al mismo punto, se hizo servir igual dosis de tequila, y cuando sintió cierto adormecimiento en los labios y un poco de sudor en las mejillas, resueltamente tomó rumbo á la casa de Pancho Pérez, quien casualmente encontrábase en la puerta, viendo desde lejos los fuegos de artificio. El caporal, sosegado, pero con cierta altanería, habló á Pérez en esta forma:

—Amo, todavía me duele la patada que me dió ayer; y más me duele lo otro, lo de Consuelo, por eso vengo, á decirle que su merced es un. . . . ¡tome esa y venga por otra!

En diciendo esto, sin más explicaciones, sin lugar á defensa alguna, con una crueldad y sangre fría espantosas, Anselmo, clavó el cuchillo recién afilado, en el abdomen del pobre rábula, el cual bambaleándose de un lado otro, llevando las manos al lugar ofendido, cayó pesadamente

en tierra, quedando momentos después entre un charco de sangre, en tanto que Anselmo, ligeramente tembloroso y pálido, paso á paso se encaminó á la misma tienda, pidió nueva copa de licor y se marchó.

Sea por que los concurrentes en esos momentos estaban divertidos con los fuegos de artificio, sea que la calle estuviese casualmente sola, el hecho es que nadie de pronto se dió cuenta de aquel espantoso delito; al fin, álguien notó lo acaecido, alguno dió gritos, otro dió aviso al Juez, y no se sabe quién llevó la noticia al curato y otros puntos. Aún se revolcaba Pérez en el charco de sangre, cuando una aglomeración de gente sin hacer caso de los últimos cohetes de luz, rodeaba al herido, mientras el Padre González, hincado junto al moribundo, recitaba incomprensibles latines, y daba absoluciones con mucho fervor, y cuando Juanito Gutiérrez se presentó con hilas, drogas, pinzas y otros fierros, Pancho Pérez había dejado de existir, quedando como un recuerdo de su paso sobre la tierra, un cuerpo flácido y ensangrentado, y un recuerdo triste y despreciable.

Cuando el cura González, cumplida su misión, se alejó contristado y pesaroso de aquel fatídico lugar, iba pensando, que muchas consecuencias acarrea el hecho de no pensar bien ni madurar mejor una simple disposición testamentaria.

Celaya, Gto. Otoño de 1910.







